

¿Quién querría un futuro pudiendo beber vermut?

# CARRER PARLAMENT



Escrito por  
Pol  
Rodellar

Ilustrado por  
Cristina  
Daura

# POL RODELLAR CARRER PARLAMENT

¿Quién querría un futuro pudiendo beber vermut?

Ilustrado por Cristina Daura



temas de hoy

© Pol Rodellar, 2019

Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias Madrigal

© por las ilustraciones, Cristina Daura

© Editorial Planeta, S. A., 2019

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-9998-733-0

Depósito legal: B. 5.967-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Era indiscutible, me estaba pudriendo. Empecé a darme cuenta de ello durante el verano de 2018. Sería lícito constatar que mucho antes ya había empezado a percibir esta degradación. Al fin y al cabo, pocas cosas suceden de golpe: solo la muerte, las erecciones fallidas y el quedarse sin dinero en la cuenta. Yo ya había empezado a recibir ciertas señales, como la pérdida de pelo en la cabeza, una constante tremendamente popular, a la vez que impopular, entre los hombres de este país. O la evidencia de que mi cerebro ya no funcionaba igual de fino que años atrás, ya que era casi incapaz de añadir información nueva a mis conocimientos previos, como cuando por la noche un conocido te recomienda un grupo de música y a los dos minutos ya no recuerdas cuál era, o como cuando te presentan a alguien y en ningún mo-

mento has llegado a retener su nombre: cosas que quizá estén más vinculadas a la idea de que con el tiempo todo nos importa una mierda más que con una pérdida real de la capacidad de concentración y retención de datos.

En fin, el caso es que sobre todo durante esos meses de verano empecé a detectar problemas más concretos derivados de mi condición de Persona Que Se Está Pudiendo, o sea, de persona que se está haciendo mayor y que, por tanto, su cuerpo está empezando a joderse. Ese verano empecé a sudar más de la cuenta, como si estuviera enfermo o algo. Pero no, creo que solo era por eso, por la edad. El calor en calidad de cierta edad alcanzada. Era ya como uno de esos viejos que se pasan el día con la camisa del Carrefour sudada y a quienes, poca broma, el calor puede llegar a matar. Estaba claro, me estaba convirtiendo en un ser adulto, en un hombre maduro: en un humano gastado. En la clase de individuo a quien los adolescentes llaman «señor» cuando intentan venderle algún tipo de boleto para un sorteo con el que pretenden conseguir dinero para el viaje de fin de curso. Ese viaje en el que esos pequeños cretinos pervertidos aspiran a poder follar por primera vez en su vida y al que todas las personas adultas vuelven una y otra vez, como en un ejercicio de nostalgia envenenado, buscando esa inocencia y esa pureza que caracteriza a los jóvenes; es decir, a las personas que aún no se han rendido a todo esto de

trabajar por dinero y aguantar la respiración hasta morir. «Señor, ¿me compra un número?» Claro que no, pequeño cretino, ¿cómo se te ocurre llamarme «señor»? Sí, es cierto, tengo ya una hija, soy un poco calvo, voy andando por la calle con la espalda curvada y me giro a mirar cada vez que pasa una chica con minifalda; todas ellas, particularidades que caracterizan a los «señores». Pero, aunque lo parezca, joder, aún no soy uno de ellos, todavía estoy fuera de ese conjunto que engloba a la gente triste y que cabalga un cuerpo y un espíritu completamente rotos. Aunque, bueno, como os iba diciendo: creo con extrema certeza que ese verano empecé a cruzar el umbral que separa a los jóvenes de los viejos, me adentré en la transformación definitiva y me convertí poco a poco en uno de ellos, en esos que caminan poco a poco hacia la extinción más que hacia la vida plena.

Ese fue el verano en el que empecé a tomarme en serio el tamaño de mi barriga, la presencia de esos primeros pelos canosos en la barba, la calvicie más que incipiente que me devolvía el espejo —de hecho, me lo devolvía el reflejo del reflejo de otro espejo que aparecía a partir de un arduo juego de distintos espejos que colocaba alrededor de mi cabeza, en el que al principio era difícil percibir algo pero en el que cada vez era más sencillo, debido al aumento de la falta de pelo, vislumbrar la calvicie—, los testículos colgando todo el rato y, por su-

puesto, esa incapacidad absoluta para poder sobrevivir en un entorno caluroso. Ya era un viejo. El calor fue el detonante, ese calor agotador que hacía que convirtiera cualquier camiseta en un trapo húmedo y apestoso. Pasé todo ese verano con la espalda y la frente sudadas. La muerte estaba ganando la carrera. Tenía treinta y siete años y sentía que mi cuerpo se estaba yendo a la mierda. En serio, os lo digo en serio. Antes de ese verano yo nunca había sudado tanto durante los meses de calor y de humedad, siempre había sido de esa clase de tipos que se mantenían estoicos ante la subida de la temperatura. Durante esta estación, la gente de mi alrededor (amigos, familia, amantes, compañeros de trabajo y obesos del metro) se quejaba del calor y se estremecía de sufrimiento hasta que entraban en un supermercado y podían disfrutar de la salvación de un aire acondicionado; es por eso por lo que yo, durante el verano, pasaba un frío terrible en los supermercados. Esa gente que odiaba el verano solo por el calor, sin tener en cuenta la felicidad que otorgan los días largos y luminosos y los días libres y el poder ir por la calle sin chaquetas ni mierdas, solo con una camiseta. Esa gente que prefería el invierno solo por una cuestión de comodidad, solo por no verse obligada a sudar y mostrarse al mundo como unos seres detestables y apestosos, que es lo que realmente eran, que es lo que realmente, quizá, éramos todos. Esa gente ho-

rrenda en la que de forma inevitable me convertiría ahora, porque empezaba a sentir empatía por ellos al ver cómo mi cuerpo ya no se sentía cómodo en entornos de extremo calor, señal inequívoca de la degradación, de la incapacidad de adaptación y, por tanto, de la muerte que se avecinaba. Nunca había tenido que comprarme un desodorante; nunca había sido de esas personas que apestaban y tenían que ocultar su olor corporal con productos químicos que poco a poco destruían el planeta y mataban pingüinos y tribus de esquimales, pero ese verano, os lo juro, incluso me planteé comprarme una de estas mierdas. Un desodorante. ¿Eran mejores los *roll-on* o los aerosoles? No tenía ni puta idea. La verdad es que prefería apestar a tener que empezar a meterme en el mundo de los desodorantes, un mundo que no manejaba y en el que me consideraba un auténtico aficionado. Ese no era el momento para ponerme a hacer el primo delante de los currantes de los supermercados, no procedía ir al Clarel a preguntarle a un trabajador que cómo diablos funcionaba exactamente un puto desodorante y qué oferta se ajustaba más a mis problemas de sudoración. No quería pasar por eso. Al menos, no a mis treinta y siete años. Ya era demasiado tarde.



Un sábado por la noche quedé con mi amigo Cigarro por el centro de Barcelona para tomar algo y luego, no sé, salir de fiesta o lo que surgiera. Cigarro se llamaba Cigarro porque hacía tiempo había tenido un grupo de música llamado Cigarro, en el que tocaba el bajo. No es que lo llamaran Cigarro por ser un apasionado de los cigarrillos. El tipo no había fumado en su vida. Yo también tocaba el bajo en un grupo. El grupo se llamaba Mujeres, pero a mí no me llamaban Mujeres. Sí que me gustaban las mujeres, aunque tampoco era un apasionado de las mujeres. Quiero decir, tampoco es que estuviera «loco» por estar con una de ellas, pero me gustan las mujeres, no sé si me explico. El caso es que ahí estábamos, dos bajistas buscando un bar en el que beber una cerveza barata. Las expectativas estaban altas, jodidamente altas. Anhelába-

mos una noche de esas de borrachera intensa en la que pasan cosas extrañas y en la que terminas en casa de algún extraño poniendo discos hasta las nueve de la mañana y diciendo cosas como «Silencio, silencio, escuchad este solo de guitarra del *Out Of My World* de Milk Music, es lo mejor del mundo, me casaría con este solo, escuchad la bajada de notas, quiero ser esta puta bajada de notas del minuto 01.38». El motivo de tanto ímpetu se debía a que Cigarro, que llevaba ya un tiempo viviendo en Pamplona, se había bajado a Barcelona por un par de semanas, y eso había que aprovecharlo. Un viejo amigo en la ciudad, joder. De la misma forma, resultó que ese día mi hija estaba con su madre y eso también había que aprovecharlo. ¿Cómo? Pues saliendo a bebernos Barcelona hasta el amanecer. Pero había un problema: ambos bajistas (el listón más bajo al que se puede caer en un grupo de música) estábamos arruinados por vicisitudes de la vida. Poco trabajo fijo, alquileres desmesurados, deudas con el banco, deudas con el Estado, deudas de deudas utilizadas para pagar otras deudas y la compra descontrolada y totalmente apasionada de muchos muchos discos. Llevábamos años, incluso decenios, jugando al juego del euro, es decir, a intentar consumirlo todo al módico precio de un euro. Comida, indumentaria, libros y, por supuesto, la bebida. Los discos no, claro, los discos eran una excepción porque eran lo que nos mantenía vivos.